

La música en Magallanes

Aún resuena en nuestras mentes los compases del acompañamiento de la obra "Canto a Magallanes", y sin darnos cuenta los seguimos tarareando, esperando la oportunidad de volver a entonarlos. Las últimas fueron en Puerto Natales hace pocos días, ante un marco interesante de público que, como en ocasiones anteriores, se remecen con la fuerza interpretativa.

Participar de ella no sólo ha sido un privilegio, sino que un gusto imposible de rechazar. La obra está en nuestro ADN, se conjuga con nuestra vida, se pasea por nuestras calles, por los campos, por el cielo y el estrecho. Comparte su trayectoria con la historia y la geografía agreste que conforman nuestro territorio.

Al recorrer los caminos, los canales de nuestra región, no podemos evitar que aparezcan en nuestra imaginación la silueta difusa y lejana de aquellos que llegaron y que decidieron formar familia en estas latitudes, muchos de ellos nuestros abuelos.

Junto con esas imágenes, no podemos restarnos de la música que rodea la región y que ponemos en las radios durante las largas horas de trayecto de un punto a otro: Desde el "Punta Arenas ya", entonada por Pedro Messone, el himno de Punta Arenas hecho cumbia, las imborrables notas del Padre Belarmino Sánchez en las voces de Patagonia 4, las actuales de Karukincanto y las inmortales del Taller Alturas, por nombrar algunas, son el reflejo de lo que genera esta zona.

En Magallanes existe un estilo que nos da identidad. Numerosos son los jóvenes que participan y en un muy buen nivel en los diversos festivales estudiantiles, y adultos conforman numerosas agrupaciones corales con gran constancia y una profunda vocación. Todos ellos han estado motivados por una generación iluminada de jóvenes profesores de música que, en los distintos establecimientos educacionales en los cuales laboran, con una habilidad propia de su juventud y entusiasmo, logran motivar a futuros artistas a desarrollar sus capacidades en una disciplina que requiere talento y mucha personalidad.

Lograr que los jóvenes tengan vocación por instrumentos clásicos y, en conjunto, puedan interpretar piezas de gran complejidad, es también parte del arte que sólo puede engendrar un director enamorado de lo que hace. Eso vimos en Puerto Natales y levantamos nuestro homenaje.

La vocación de directores de orquestas y coros y de estos nóveles profesores nos energullece y mucho más aún al tenerlos como cercanos y, además, como amigos. Los que recordamos a Polo Romero, Rolando Arancibia y a Enrique Lizondo que lograron fomentar tímidamente el gusto por la música, hoy, con estos jóvenes directores, se ha desarrollado de manera explosiva, de manera tal que tenemos fuerza musical para rato y con

proyecciones líricas como hoy nos orgullecen los magallánicos que hacen gala en los más grandes escenarios de Chile y del mundo.